

7 DIAS DE MAYO

Por FLETCHER KNEBEL
y CHARLES W. BAILEY II



CITA SECRETA CON EL PRESIDENTE

LUNES

una enorme mentira, mi general

Casey llegó al Pentágono a las ocho menos cuarto. Inspeccionó su aspecto, como de costumbre, en el vestuario, y luego bajó por el pasillo «E» hasta el despacho del presidente de los jefes de Estado Mayor Interarmas. No había hecho más que sentarse en la antecámara cuando Scott apareció.

—Buenos días, Jiggs —dijo—. Pase.

Casey no pudo evitar el admirar a su jefe mientras el General de cuatro estrellas cogía su ración matinal de puros de una caja colocada sobre la mesa y la ponía al lado de su secante verde. A sus cincuenta años era militar de cabo a rabo. Su cara, de aspecto fresco, no tenía arrugas, si se exceptúan las patas de gallo en torno a los ojos. Aun siendo sus rasgos poco regulares, no se podía evitar el considerarle guapo. Ningún militar, desde la época de Dwight Eisenhower, había gozado de tanta popularidad, según muchos afirmaban sin equivocarse.

—Sir Harry Lancaster pide que su cita sea a las ocho y media, mi General. He supuesto que le daría lo mismo. Le traigo el informe.

—Perfecto, Jiggs.

—Quería telefonarle —siguió Casey—, pero al volver a casa, hacia medianoche, temí que fuera demasiado tarde y...

—Hizo bien —dijo Scott—. Me acosté muy temprano. A las diez y media ya debía estar durmiendo como una marmota.

«No eran figuraciones lo de ayer noche —pensó Casey—. Eso es una enorme mentira, mi General.»

También en la Casa Blanca, a la otra orilla del río, había comenzado la jornada. El Presidente Jordan Lyman no dormía hasta tarde, y su consejero militar tampoco. A las ocho y media ya hacía una hora que estaba trabajando. Sólo había una diferencia: Lyman todavía estaba en la cama. Las páginas de una docena de periódicos, extendidas a su alrededor, daban testimonio de que acababa de ponerse al corriente de la prensa, tarea que se imponía a sí mismo todas las semanas. Escogía las ediciones dominicales, en que el correo de los lectores era más abundante y los artículos de fondo más largos.

Esta lectura le permitía darse una idea clara del estado de espíritu reinante en América y, por el momento, el balance no era optimista. El editorial de «La Constitución», de Atlanta, por ejemplo, empezaba en estos términos:

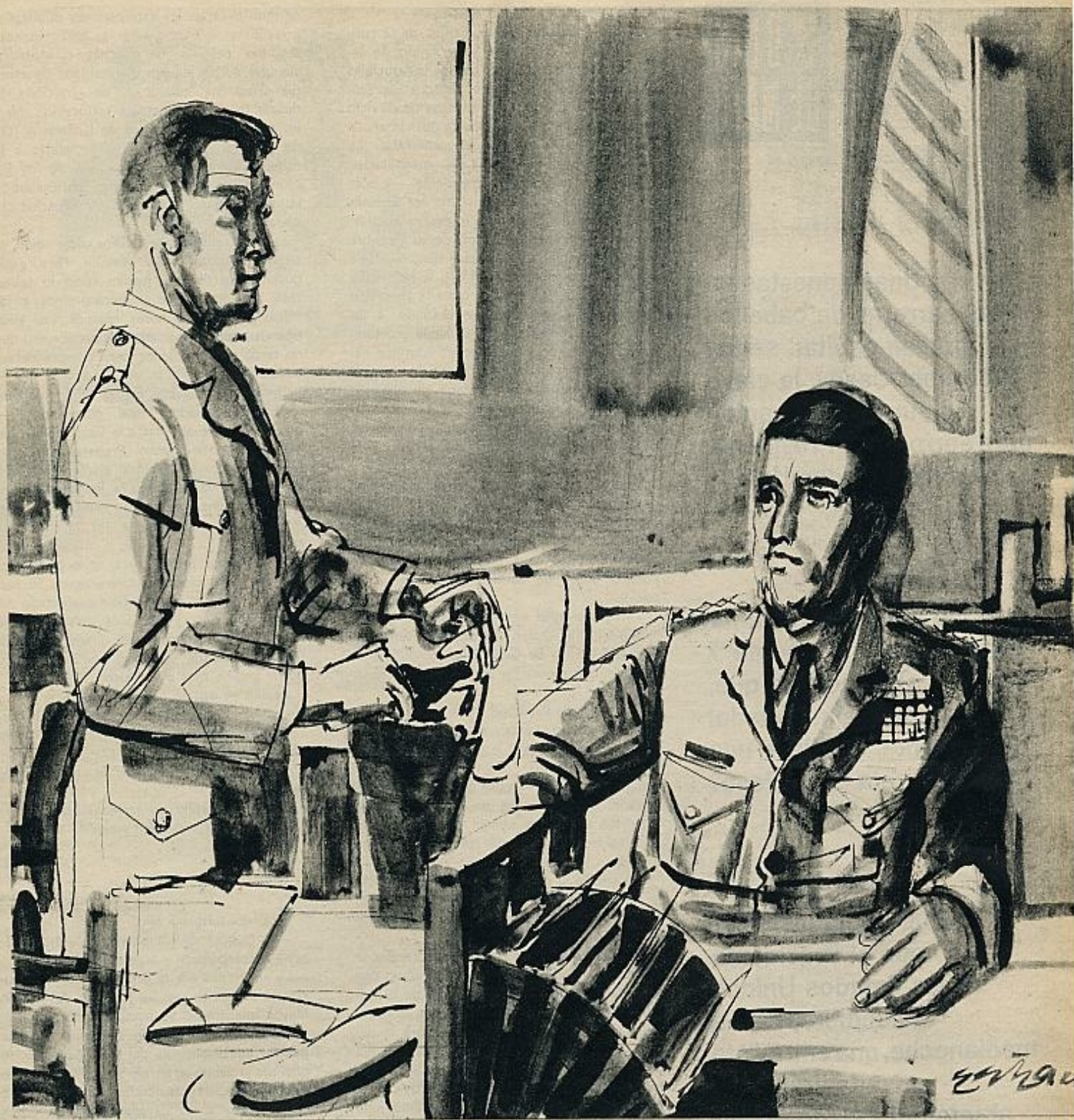
«A medida que se aproxima la fecha de la primera fase del desarme, vemos aumentar nuestro escepticismo respecto de la buena fe de los rusos. Esperamos, desde luego, que la confianza acordada por el Presidente Lyman a Moscú esté justificada, pero...»

al entrar aquí, se acabaron las bromas...

El «New York Times», con su habitual tono mesiánico, expresaba un juicio idéntico: «Hemos aceptado el riesgo del desarme nuclear con grandes reservas. Las declaraciones de la Pravda, órgano oficial soviético, aparecidas estos últimos días, no hacen sino aumentar nuestras inquietudes...»

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Washington. El Coronel Martin Jerome Casey, responsable del Estado Mayor Interarmas, intercepta por pura casualidad unos inocuos mensajes sobre carreras de caballos dirigidos por su jefe inmediato, el General James Scott, a una serie de altos jefes militares; mientras, un viejo amigo suyo, el teniente coronel de transmisiones, Mutt Henderson, le descubre la existencia de una base secreta en el sector «Y» —ordenada por el general Scott— de la que Casey no tenía conocimiento. «¿Qué me oculta Scott?» —piensa Casey—. Para el sábado 18 de mayo, a las 19 horas, hay ordenada una «Alerta Roja General», de la que sólo tienen conocimiento ocho hombres en todo el país. Quedan seis días todavía. Por la tarde, el matrimonio Casey asiste a una fiesta en casa de Steward Dillard, destacado abogado de los sindicatos del armamento, donde se reúnen una serie de destacadas personalidades políticas y militares: un senador, el secretario del Presidente Lyman, dos o tres periodistas, un par de miembros del Congreso, etc. En el curso de la conversación, el Senador Prentice, presidente de la Comisión de las Fuerzas Armadas del Senado y verdadera eminencia gris del Pentágono, da a entender a Casey que conoce la existencia de la «Alerta Roja General», aun cuando no le correspondía ser informado oficialmente. Cuando el coronel va a avisar a su superior, descubre una entrevista nocturna entre el General Scott y el Senador Prentice. ¿Por qué esta visita intempestiva? ¿Qué conclusión podía sacarse de todo aquello?, se pregunta intrigado el Coronel Casey.



—Mi General, sus mensajes personales son sagrados para mí —dijo Scott—. Espero que su discreción se extienda a los de Barnswell, Coronel.

Lyman se levantó y se dirigió a la gran sala de trabajo ovalada para tomar una taza de café. Por los grandes ventanales que se abrían sobre el césped veía el desfile ininterrumpido de vehículos por la avenida de la Constitución. Los hombres que iban en aquellos vehículos trabajaban para el Gobierno, como él; él podía darles órdenes, conseguirles empleos o dejarlos en la calle, pero ellos, con sus errores, sus omisiones o sus actos conscientes, podían destruir a su vez lo que él hacía. Famoso en el mundo entero, en el fondo envidiaba a aquellos oscuros burócratas, llenos de amigos, y que vivían tranquilos, mientras que él se sentía vulnerable y solo en su gloria.

Lyman conocía suficientemente la historia americana como para saber —desde el día en que, una vez prestado juramento, se instaló en la Casa Blanca— que la soledad le acechaba. Pero era una idea abstracta, sacada de las leyendas y los libros de memorias. Truman había dicho: «Cuando se entra aquí se acaban las bromas». Lyman no olvidaría jamás su turbación y su pánico cuando le explicaron cómo podría, en caso de que se produjera una crisis fatal, y sirviéndose de un mecanismo que él sólo conocería, desencadenar la guerra nuclear.

Bebió un sorbo de café bien caliente.

—Basta, Lyman —gruñó en voz alta—,

basta ya de compadecerte de ti mismo.

El Presidente cogió el periódico de la mañana colocado en la bandeja, al lado de la cafetera. Al primer vistazo descubrió, en la primera página, el titular que le interesaba: «La popularidad de Lyman ha alcanzado el punto más bajo desde la época del primer sondeo de Gallup».

—Veintinueve por ciento —pensó—. ¡Estamos arreglados!

Diez minutos después se dirigía al comedor. Al atravesar el enorme vestíbulo hizo un signo al suboficial que se encontraba sentado ante la puerta de su habitación.

—Buenos días.

SIGUE

Unas apuestas en las carreras de caballos podían ocultar, según el coronel Casey, la clave de una conspiración para derrocar al Presidente de los Estados Unidos

¿Qué podía representar el misterioso "Econcom"? ¿Era posible que, sin conocimiento del Presidente, existiese una base secreta en El Paso?

¿Qué podía justificar que el Presidente de los Estados Unidos concediera, casi a medianoche, una entrevista privada y urgente al jefe del Estado Mayor Interarmas?

Todo parecía absurdo en las deducciones del coronel Casey, pero sin embargo la serie de coincidencias resultaba demasiado larga...

—Buenos días, señor Presidente.

Nada le deprimía tanto, dentro de la rutina cotidiana, como este intercambio de saludos. Cada noche, uno de los suboficiales que componían su guardia personal se sentaba ante su puerta. El que estaba de servicio no se separaba durante toda la noche de una cartera en cuyo interior se encontraba una cajita negra que contenía las complicadas cifras con las cuales el Presidente —y sólo el Presidente— podía transmitir las órdenes que lanzarían a América a la guerra nuclear.

Por las mañanas, la visión de su «sombra atómica» —como Lyman había denominado a aquellos suboficiales discretos— le recordaba los deberes de su cargo, y tenía la sensación de lanzarse, completamente desnudo, a un río de aguas heladas. Pero se había acostumbrado a vivir con la perspectiva continua del terror nuclear, y una vez pasada la primera impresión matinal se olvidaba de ello; lo mismo que olvidaba que las ventanas de su sala de trabajo estaban protegidas por vidrios de seis centímetros de espesor a prueba de balas.

Estaba comiendo en el pequeño comedor de maderas claras de la planta baja. Sólo le preocupaba un problema, el de encontrar la manera de que los cretinos de la cocina aprendieran de una vez a preparar las rajadas de pomelo antes de servirlo. Llamaron a la puerta.

—Trabajo en el sondeo de opinión de Gallup —dijo el recién llegado, que tenía un marcado acento de Georgia—. Vengo a preguntarle qué piensa de Jordan Lyman. Hola, Presidente.

La sonrisa de Raymond Clark era tan ancha como su rostro. Lyman rió de buena gana. Siempre le agradaba y le reconfortaba la visita del senador más joven de Georgia, que venía a comer con él, cosa que hacía con frecuencia. Clark ocupaba un lugar preferente entre los amigos de Lyman, en Washington. El Presidente se sacudió las migas de pan tostado.

—Mentiría si dijera que ese Gallup me deja indiferente, Ray. Me molesta. Pero sé que el tratado es necesario. Espere los sondeos del próximo otoño.

A Lyman le costaba trabajo comprender la hostilidad manifestada contra el tratado por los Estados Unidos. Ni él, ni nadie de su Administración, podían olvidar la ola de tranquilidad que se había extendido sobre la nación, y de hecho en el mundo entero, el día de la firma del tratado. Un fotógrafo había tomado una instantánea de Feemerov, en el momento en que abandonaba la Embajada americana en Viena, después de la última sesión, que había curado toda la noche. Lyman y el ruso se estrechaban la mano sobre el umbral, demacrados e hirsutos, extenuados por los últimos regateos, mientras el sol que salía parecía querer iluminar una nueva era. Esta fotografía había sido reproducida por la prensa de todo el mundo. Al mirarla, los hombres se habían sentido libres del temor de una guerra nuclear, y a muchos de ellos se les habían saltado las lágrimas.

**como si lenin
tuviera razón**

Pero más tarde las cosas cambiaron. Lyman comprendió lo que Wilson había representado a raíz de Versalles. Por mucho que

se multiplicaran las explicaciones públicas y privadas y se enumerasen las garantías conseguidas después de muchas dificultades, siempre surgía alguien que hablaba de «simple diversión», cuando no de «traición». El debate del Senado para la ratificación dio a los extremistas la ocasión de lanzarse a fondo. Las gentes se veían ya reducidas a la miseria, como si la prosperidad de los Estados Unidos dependiese de la fabricación de bombas. Como si Marx, Lenin y Kruschef hubieran tenido razón.

Lyman reflexionaba. «Dios sabe que yo también desconfío del Kremlin. Pero, ¿qué podemos perder? Si juegan sucio lo sabremos inmediatamente y empezaremos a fabricar veinticuatro horas después. Los americanos acabarán por comprender. Espero que no tardarán demasiado; pero comprenderán, un día u otro.»

Durante las diversas etapas de una carrera —abogado, senador, fiscal, gobernador...— que le había llevado hasta la Casa Blanca, había reflexionado mucho. Pregunta: «¿Cómo saber si el cuerpo electoral ejercerá con tino su poder en la República?» Respuesta: «Nada puede preverse, pero siempre ha terminado por someterse a las leyes de la razón.»

Al verle por primera vez, se le podría tomar por un profesor de Universidad. Su rostro, más que arrugado, estaba avejentado para sus cincuenta y dos años. A nadie se le habría ocurrido encontrarle guapo, pero inspiraba confianza... Ningún hombre político puede pedirle más a su físico...

Lyman se instaló ante la gran mesa de su despacho. Unos minutos después, Paul Girard abrió la puerta de la pequeña habitación donde trabajaba.

—Aquí está el programa de citas del día, señor.

Sacó del bolsillo un tarjetón blanco y lo colocó sobre la mesa de Lyman.

* * *

Scott consultó su reloj.

—Es la hora de «la cisterna» —dijo a Casey—, acompañeme y espere un momento.

La «cisterna» era la gran sala de conferencias en la que se reunían los jefes del Estado Mayor Interarmas. Su nombre simbolizaba el efecto deprimente que ejercía sobre sus ocupantes. Los bromistas del Pentágono decían que sus muebles eran de un color «marrón desanimado», las tapicerías color «mostaza deslabazada» y las paredes color «turquesa cansada». Las persianas estaban siempre bajadas, lo que contribuía a hacer más lúgubre la atmósfera. Entre las ventanas, un manojo de banderas aportaba la única nota de color.

Casey se sentó en el pasillo. Los jefes fueron llegando desde sus despachos, uno a uno.

**econcom 40 k 212
para el sábado**

El almirante Lawrence Palmer, jefe de las operaciones navales, no estaba. Los otros cuatro jefes conferenciaron durante unos veinte minutos. Cuando salieron, Scott hizo a Casey señas de que entrara y le indicó un asiento. Casey ocupó el sitio que el General Hardesty,

de la Aviación, acababa de dejar libre. Scott juntó las manos y se dirigió a una ventana para levantar la persiana. Casey, que juguetaba con el gran cenicero marrón colocado frente a la silla de Hardesty, sintió bajo su pulgar una bolita de papel. La palpó distraíentemente mientras Scott volvía a sentarse y encendía un nuevo cigarro puro.

—Jiggs —comenzó el General—, el Coronel Murdock me ha dicho que usted se había enterado de que participamos en el «sweepstake» de Preakness. Voy a pedirle un favor personal. Le agradecería mucho que no hablara de ello con nadie.

Casey no pudo ocultar por completo su sorpresa.

—Mi General, sus mensajes personales son sagrados para mí. En serio.

—Espero que su discreción se extienda a la respuesta del Almirante Barnswell.

—Naturalmente.

Scott levantó una ceja.

—El grado tiene sus privilegios, Coronel. Lo comprenderá cuando tenga una estrella. Creo que no tardará demasiado en llegar.

Al volver a su despacho, Casey se dio cuenta de que tenía todavía en la mano la bolita de papel con la que había estado jugando en la mesa de conferencias. La abrió distraíentemente mientras seguía pensando en la alusión de Scott a su posible ascenso. Según el reglamento, aún tenía que esperar tres años. Pero quizá no volvería a haber muchas estrellas que repartir, a causa del tratado de desarme. Al menos, esto era lo que suponían los coroneles ambiciosos que le rodeaban. Casey alisó la bolita de papel. Era una página arrancada de uno de los blocs de notas que estaban en la mesa de conferencias. Había unas pocas palabras escritas a lápiz. Casey reconoció la letra del General Hardesty y, arrugando los ojos, leyó trabajosamente: «Transportes por aire Econcom 40 K 212 sector Y. Siete horas sábado. Nueva York, Los Angeles. ¿Utah?».

El K 212 era el último modelo de avión a reacción militar, capaz de transportar a cien soldados en uniforme de combate y con armas ligeras. De nuevo surgía este misterioso Econcom. Casey se preguntaba qué ocurría. Desde luego, era la letra de Hardesty. ¿Quién podía necesitar grandes transportes para la alerta del sábado? Extrañamente inquieto y un tanto irritado, Casey se metió el papel en el bolsillo del pantalón. ¿Por qué una operación de esta importancia no había sido anunciada al director del Estado Mayor Interarmas, que se suponía que lo sabía todo?

Dos horas más tarde, cuando iba a comer, se encontró con Hough en el pasillo.

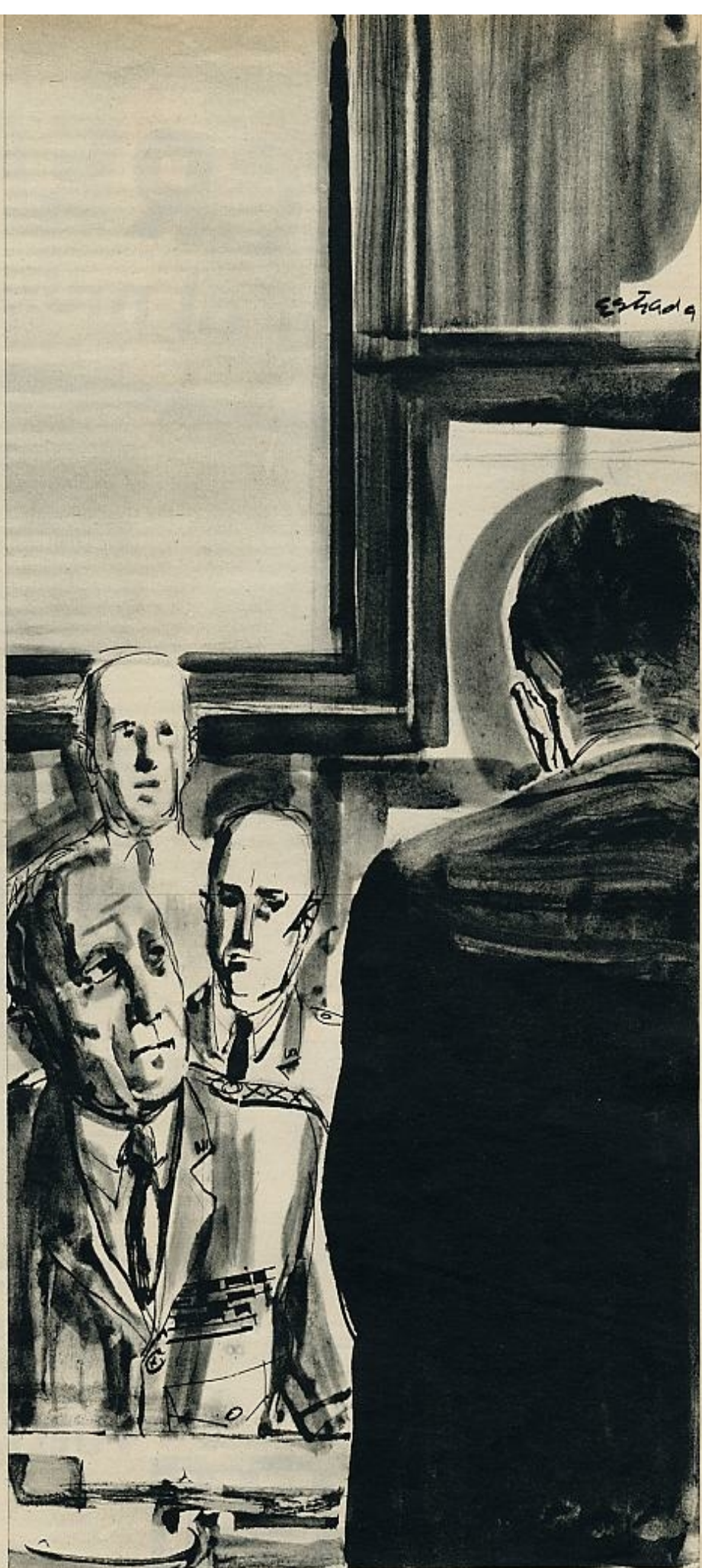
—Oiga, Coronel, este traslado del que le he hablado... ¿Se acuerda? Hay que creer que Dios me ha oído. ¡Ya está! Lo sé desde hace unos minutos. Me envían a Pearl Harbour.

Insinuó torpemente unos pasos de twist y guiñó el ojo a Casey.

—A propósito, Barnswell ha sido el único que se ha negado a participar en el «sweepstake» de Preakness. Todos los demás han aceptado.

Sin esperar respuesta se alejó con aire zumbón.

A media tarde Casey se cruzó con otro Coronel, esta vez del Ejército de Tierra, cuando salía del despacho del General. Casi chocaron en el umbral de la puerta. **SIGUE**



La «cisterna» era la sala de conferencias donde se reunían los Jefes del Estado Mayor.

AVECREM y vuelta al mundo

En el interior de cada cajita de AVECREM Pollo y Gallina hay medio boleto; cuando tenga las dos mitades, la derecha y la izquierda que juntas completen el boleto, habrá ganado un buen premio

¡En cada cajita medio premio!

Búsquele pareja y siempre ganará



Partes derecha
e izquierda
que, juntas, completan
el BOLETO
que da derecho a
un premio de 1.000 ptas.

premios

VIAJES POR ESPAÑA
NEVERAS TERMOFRIGIDUS
AUTOMOVILES SEAT 600
VIAJES POR EUROPA
ABRIGOS DE VISON
TELEVISORES INTER

MILLONES DE PESETAS

en metálico, en premios de 5, 25, 50, 100, 500 y 1000 pesetas, y... UN VIAJE DE

VUELTA AL MUNDO

**AVECREM
GALLINA BLANCA**

¡Es natural!

—Pero si es el viejo cerdo —gritó el oficial, mirando a Casey de pies a cabeza.

un cochino fascista

En el corazón de Casey se despertó una vieja antipatía ante aquel a quien llamaban el oficial más arrogante de todo el Ejército: el Coronel John R. Broderick.

—¿Dónde está usted ahora, Broderick?

—Es absolutamente secreto, amigo. Absolutamente. Vengo a la ciudad justo para hacer un informe.

Señaló con un gesto la mesa de Scott y tuvo un gesto despectivo y condescendiente para Casey.

Ya en su despacho, Casey jugueteaba con un lápiz. ¿Es que Broderick estaba al mando de un puesto secreto? Marcó un número, presa de una súbita inspiración. Le respondió Henderson.

—¿Mutt? Aquí Jiggs. ¿Cuándo se va?

—Dentro de dos horas, cuando el jefe termine con Scott.

—Espero que se entienda mejor que yo con Broderick —dijo, esforzándose por tomar un aire indiferente—. Siempre me toma de través.

—Ya sabe —respondió Henderson—, hay que acostumbrarse a él. Pero es un jefe sensacional. Trabaja bien. Los hombres no le quieren, pero le obedecen con los ojos cerrados.

—Buena suerte, Mutt. Avíseme cuando vuelva por aquí.

«Dios mío —pensó Casey mientras colgaba—, Scott ha elegido a un cochino fascista para dirigir su Econcom, sea lo que sea.»

Sacó un manojito de papeletas de su caja fuerte y se puso a trabajar. Pero tenía la cabeza en otra parte. Los acontecimientos de los dos días anteriores le impedían concentrarse. Renunció a ello y se preguntó por qué estaba tan turbado.

La alusión de Prentice a la alerta. La negativa del Almirante Barnswell a asociarse a la apuesta del Presidente. El cerdo de Broderick. El Econcom. Los garabatos del General Hardesty: un transporte de tropas a Nueva York, a Los Angeles y... ¿quizá a Utah? ¿Y por qué ese transporte de tropas? ¿Qué era el sector Y? ¿Por qué Scott, bruscamente, le dejaba en la oscuridad? Los incidentes de los dos días precedentes remolineaban en el espíritu de Casey. Experimentó de nuevo la ansiedad del domingo por la mañana, el malestar que le había impedido dormir la noche anterior...

Preocupado, se puso en camino hacia la ciudad. Al ver una cabina telefónica en el rincón de una estación de gasolina bajó del coche, metió una moneda en la ranura y marcó un número.

—La Casa Blanca —dijo la telefonista, como limitándose a hacer constar un hecho.

Casey respiró hondo, abrió la boca para hablar y luego dudó.

—¿La Casa Blanca? —repitió la telefonista en un tono que se hacía interrogante.

—Paul Girard, por favor —dijo Casey cuando recuperó el uso de la palabra.

—¿De parte de quién?

—Del Coronel Martin Casey.

La espera fue larga. Por fin se oyó la voz de Girard al otro extremo de la línea.

—Paul —dijo Casey—. Quisiera ver al Presidente.

—¿Nada más que eso?

—Paul, hablo en serio.

Girard rió con aire protector.

—Muy bien, amigo mío. Podré dedicarle unos minutos la próxima vez que su jefe venga.

—Paul, tengo que verle hoy. En seguida.

Por primera vez, la voz de Girard se hizo profesional.

—¿Hoy? Veamos, Jiggs, ¿de qué se trata?

—No puedo decirse ahora.

—¡Vamos, Jiggs! En nuestras líneas telefónicas no hay mesas de escucha...

—No se trata de eso —respondió Casey, que sudaba copiosamente, a pesar de que no hacía calor—. No puedo hablar de ello ahora. Paul, es... es un asunto de seguridad nacional.

quiero hablar con el jefe

Casey sabía que numerosas informaciones militares a las que él tenía acceso no llegaban a Girard, bajo excusa de que no le servirían de nada. Esperaba que la frase empleada le bastaría. Se equivocaba.

—Escuche, por favor. Sabe que se lo diría todo si pudiera. Se trata de un asunto de seguridad nacional. Está en juego la seguridad del Gobierno. El Presidente debe ser informado cuanto antes.

Girard guardó silencio durante unos instantes, que a Casey le parecieron media hora. Por fin dejó oír su voz grave.

—¿Le parece mañana por la mañana? Puede hacerle pasar a las ocho y media.

—Eso significa perder doce horas —protestó Casey—. Por otra parte, sólo puedo venir por la noche. No quiero ser visto.

—¡Oh! —exclamó Girard; y después de una pausa, dijo—: No cuelgue, Jiggs. Deje que hable con el jefe, veré lo que se puede hacer.

Casey se desabrochó el cuello de la camisa, abrió la puerta de la cabina telefónica y encendió un pitillo. Lo tenía a mitad cuando la voz de Girard se oyó de nuevo.

lunes por la noche

Del gran farol colgado del porche de la Casa Blanca se desprendía una luz tenue y agradable. El Coronel Casey se dirigió rápidamente a la puerta Este, guardada por un agente metido en una garita. Paul Girard le esperaba en la gloria semicircular.

—Puede dejarle pasar —dijo al funcionario.

Condujo a Casey a través del enorme pasillo que llevaba a las habitaciones privadas. El despacho del Presidente estaba en el primer piso. Tomaron el ascensor.

El Presidente Lyman leía, con los pies apoyados en un taburete, cuando Casey y Girard entraron. Un setter irlandés, marrón, de ojos tristes, estaba hecho un ovillo cerca del sillón del Presidente. Lyman se levantó y avanzó hacia los recién llegados, sonriente y con la mano tendida. El perro acompañó sus movimientos y se puso a olisquear los bajos del pantalón de Casey.

—Buenas noches, Coronel. Me alegra verle fuera de las horas de trabajo.

—Si no se trata de asuntos de trabajo, le estrangulo —dijo Girard, retirándose—. Les dejo solos.

—Coronel, le presento a «Trimmer» —dijo Lyman en cuanto la puerta se cerró tras Gi-

**7 DIAS
DE MAYO**

rard—. Es un perro político. No tiene absolutamente ninguna convicción, pero es fiel a sus amigos.

"es algo más grave, tengo miedo"

—He oído hablar de él. Buenas noches, «Trimmer».

—¿No había usted subido nunca aquí, Coronel?

—No, señor. He asistido a reuniones de sociedad abajo, en esos inmensos salones...

—Demasiado grandes para vivir en ellos y demasiado pequeños para las recepciones...

Hizo un gesto amplio para mostrar el marco en que su vida se desarrollaba.

—Sin embargo, este despacho es bastante confortable. Parece que el mobiliario resultaba demasiado severo, hasta que la señora Kennedy hizo poner la tapicería amarilla. También fue ella la que encontró no sé dónde este taburete.

Casey estaba sobre ascuas. Estaba acostumbrado a tratar con altos funcionarios, incluso con el Presidente, pero la charla superficial de Lyman —destinada sin duda a hacerle sentirse cómodo— reducía la importancia de su misión.

—¿Quiere beber algo?

—Con mucho gusto.

Una vez llenos los vasos, los dos hombres se sentaron en los sillones amarillos, con una mesita baja entre los dos. «Trimmer» volvió a echarse en su alfombra sin quitarle los ojos de encima.

—Y ahora, Coronel... ¿Qué hay de ese asunto de seguridad nacional?

Casey dudó un instante y recitó las palabras que había venido repitiendo durante el trayecto.

—Señor, ¿ha oído hablar de una unidad militar conocida por el nombre de Econcom?

—No, no creo... ¿Qué significa ese nombre?

—Según las abreviaturas habituales, creo que debe querer decir: «Control de comunicaciones de emergencia» o algo por el estilo.

—Tampoco he oído hablar nunca de esto, —dijo el Presidente.

Casey se lanzó por segunda vez.

—Ya sé que un coronel no tiene derecho a interrogar a su jefe supremo, señor, pero, ¿ha autorizado usted la formación de una unidad secreta, sea cual sea su nombre, destinada a proteger el teléfono, la televisión o la radio?

—No —respondió Lyman perplejo.

—Permítame hacerle una nueva pregunta. ¿Conoce la existencia de una base militar instalada recientemente en El Paso?

—Mi respuesta es «no», una vez más, Coronel.

Lyman bebió un trago de whisky.

—En cierto modo me tranquiliza que haya respondido con un «no» a estas preguntas, señor, y al mismo tiempo me pre- ocupa. Si me hubiera contestado que **SIGUE**

conocía el Econcom, hubiera resultado embarazoso para mí, pero en las presentes circunstancias la cosa es más grave, señor, tengo miedo...

—¿Por qué no me cuenta la historia completa?

Lentamente, sin omitir nada, Casey expuso todos los detalles que le habían parecido singulares desde el domingo por la mañana. Cuando acabó era noche cerrada. Había hablado durante casi una hora sin interrupción. El Presidente escogió una pipa y la cargó meticulosamente.

—¿Ha mencionado a alguien lo que acaba de decirme?

—No, señor.

acción prevista para el sábado

Lyman volvió a sentarse, cruzó las piernas e intentó hacer anillos con el humo de la pipa.

—¿Cuál es la verdadera opinión del General Scott sobre el tratado?

—Cree que es un error terrible e incluso trágico. Poniéndose en lo mejor cree que los rusos harán trampa y nos pondrán en ridículo; o que, en el peor de los casos, lanzarán cualquier noche un ataque sorpresa.

—¿Y su opinión, Coronel, cuál es?

—No llevo a decidirme, señor. En realidad creo que es asunto suyo y del Senado. Usted ha firmado el tratado, los senadores lo han aprobado; no veo por qué nosotros, los militares, tendríamos que meternos donde no nos llaman.

Lyman sonrió y pasó a otro tema.

—¿Qué amigos tiene Scott en la prensa y la televisión?

La pregunta sorprendió a Casey.

—Conoce a bastantes periodistas. Es muy amigo de Harold Mac Pherson, el reportero de la televisión.

—¿Y esa historia de los caballos? —preguntó el Presidente, que parecía estar pasando revista a todo lo que le había dicho Casey—. No entiendo por qué le preocupa.

—Sin todo lo demás no le habría concedido ninguna importancia, pero hablando francamente, señor, ahora pienso que debe tratarse de un mensaje en cifra que no hace referencia a la carrera, sino a alguna acción prevista para el sábado. Si no me equivoco, el Almirante Barnswell se ha negado.

Hubo un nuevo silencio.

—En resumen, ¿se le ocurre alguna sugerencia, Jiggs?

—No sé qué decirle, señor. Se trata de hipótesis, de posibilidades, usted me comprende... Me parece todo demasiado fantástico, pero he creído que debía prevenirle.

—¿Le asusta hablar claro, Coronel? —dijo el Presidente con tono seco.

—No, señor, pero...

—¿Cree, quizá, que los generales preparan un complot para apoderarse del Gobierno?

Estas palabras cayeron sobre Casey como un golpe. Había intentado apartar esa idea de su pensamiento, y ahora estaba allí, llenando la habitación con su presencia.

—Sí, señor, sin duda —dijo con una voz neutra—. Pero la palabra «*quizá*» expresa bien mi pensamiento, ya que no se trata más que de una suposición.

—¿Sabe que le puede costar muy caro lo que ha dicho y hecho esta noche? —preguntó Lyman.

en la lista del sweepstake

Ahora le tocó a Casey quedarse cortado. Las venas de su corto y espeso cuello se hincharon hasta casi estallar.

—Sí, lo sé. He reflexionado mucho, antes

de decidirme a venir. He previsto las consecuencias, señor; estoy en el Ejército desde hace veintidós años...

El Presidente se levantó y cogió la mano de su visitante.

—Coronel, le estoy muy agradecido por su gestión. Me gustaría saber dónde puedo localizarle. ¿Quiere llamar mañana por la mañana a mi secretaria, la señorita Townsend, para comunicárselo? Estará prevenida. Gracias por haber venido. Muchas gracias.

Cuando, después de haber acompañado a Casey hasta la puerta, volvió Girard, Lyman estaba paseándose nerviosamente por la habitación.

—Sírvese una copa —dijo el Presidente—. La necesitaré. Su amigo Casey cree haber descubierto un complot militar. Según él, un grupo de jefes del Estado Mayor tiene la intención de derribarme y hacerse con el poder.

—¿Qué? —gritó Girard, incrédulo.

—Paul, le voy a repetir sus palabras. Ante todo debe saber que se ha organizado, con mi aprobación, una nueva Alerta Roja General. Tendrá lugar el sábado a las tres de la tarde. Yo me iré a Mount Thunder. Según el plan de seguridad no debería usted saberlo, ni nadie, a excepción de los jefes del Estado Mayor Interarmas, de Casey y del Coronel Murdock, el ayudante de campo del General Scott. Acuérdesse de esto y escúcheme con atención.

Lyman repitió todo lo que le había dicho Casey. Mientras hablaba, Girard se iba hundiendo cada vez más en su sillón, con los ojos entornados y la cabeza entre las manos.

—Además, voy a añadir algunos detalles que conozco y no he revelado a Casey. Hace unos meses recibí una llamada telefónica del General Barney Rutkowsky, jefe de la Defensa Aérea. El General Daniel, que está al mando del S. A. C., le había invitado a venir a Washington para hablar con Scott del espantoso lío político de los Estados Unidos y de las responsabilidades que incumbían a los militares. Barney rechazó la proposición y el asunto no tuvo consecuencias.

—Comprendo —dijo Girard—. Barney está

—En cierto modo me tranquiliza que haya respondido con un no a estas preguntas, y al mismo tiempo me preocupa. Si me hubiera contestado



en la lista de los asociados a Scott para el sweepstake.

—Exactamente —afirmó Lyman—. Pasemos al segundo punto. El Vicepresidente me ha dicho esta misma mañana que Prentice le había propuesto que durmiera, el viernes y el sábado, en la finca de su familia, en plena montaña. Y nuestro buen senador estaba al tanto de la Alerta, si es que Casey dice la verdad. Tercer punto —continuó Lyman—. El domingo antepasado vi en la televisión la emisión de Harold Mac Pherson. Durante veinticinco minutos nos vituperó al tratado y a mí, y los cinco que le quedaban los empleó en cubrir de alabanzas a Scott. Al darme cuenta de que no sabía nada de él pedí informes; el F. B. I. tiene toda una carpeta sobre Mac Pherson. Perteneció a varios grupos de extrema derecha. Dos de ellos cuentan entre sus miembros a gran número de militares retirados. Ya conoce sus opiniones...

prohibida la entrada de periodistas en el subterráneo

—Sí —gruñó Girard—. Detestan eso que ellos llaman socialismo, y que, desde la academia militar, les ayuda en su carrera. Cada favor que reciben aumenta su odio.

—Casey cree que Scott y Mac Pherson son amigos íntimos. Me extraña, pero, si es verdad, hay que reconocer que a Scott le gusta jugar con fuego. Esta tarde me ha telefonado para hablarme de la Alerta. Quiere que desliste a los periodistas. He aceptado. Imagínese lo que esto representa; cuando me meta en el subterráneo, el sábado, no habría conmigo más que un policía o dos.

—No logro creer en ese complot militar —dijo Girard—. Es absurdo.

—Sí, es absurdo —reconoció Lyman—, pero la serie de coincidencias es más bien larga...

—Lo más inverosímil de todo me parece lo del asunto del Eco..., como se llame. ¿Cómo

puede ser posible que Scott haya organizado una base de esa importancia, con todos los hombres y material que eso supone, sin que usted haya ni siquiera oído hablar de ello? ¿Le parece que telefoneemos a Fullerton?

El Presidente asintió.

Fullerton, director de la sección militar de la comisión presupuestaria, estaba en casa. Al volver a colgar el teléfono, Girard dijo:

—Nunca ha oído hablar del Econcom. Y tenía que haber estado al corriente, ya que todo nuevo proyecto, sea el que sea, debe someterse a su aprobación. Los jefes del Estado Mayor Interarmas disponen de un centenar de millones para los casos urgentes, pero no pueden utilizarlos sin la autorización presidencial escrita, y sabe con seguridad que hasta ahora ese dinero no se ha tocado. Ahora bien, si hay tres mil quinientos hombres en esa base, hacen falta alrededor de veinte millones de dólares para alimentarlos, pagarles y vestirlos...

Girard se sirvió un segundo whisky. Los dos hombres se sentaron y quedaron en silencio durante unos minutos.

—Bien —dijo Girard—. Supongamos que es verdad. ¿Qué hacemos?

Lyman sacudió la cabeza.

—Le veré mañana por la mañana a primera hora. Buenas noches, Paul.

El Presidente se quedó solo con «Trimmer». Se aflojó la corbata, dio unos pasos por la habitación, y luego salió al balcón. El balcón de Truman. Las luces intermitentes indicaban que los coches describían una curva ante la Casa Blanca. Como siempre, los conductores disminuían la velocidad al pasar, con la esperanza de ver a alguno de sus habitantes...

dos siglos... y cuatro días

La única palabra que podía calificar la hipótesis del coronel Casey era la de fantástica. Ya era hora de plantear esta historia en

sus exactas dimensiones. Había que empezar por descubrir la verdad sobre aquel Econcom. Para ello se necesitaba alguien de confianza. Comenzaría por reunir a su equipo. Repasó mentalmente la lista de todos sus colaboradores, enumerando los hombres a los que había hecho venir a su lado en los dieciséis meses transcurridos desde el momento de su elección. No necesitó más que unos minutos para darse cuenta de que iba apartando uno tras otro a aquellos a los cuales había llamado para puestos y misiones importantes, por considerar que, en un asunto de este género, no serían lo suficientemente enérgicos, o no estarían lo suficientemente cerca de él... o les faltaría discreción si resultaba que el coronel Casey había sido víctima de una imaginación excesivamente calenturienta.

¿Con quién contar? ¿Con los miembros del gabinete? ¿Con el personal de la Casa Blanca? Lyman fue rechazando un nombre tras otro. ¿Era culpa suya o de los hombres de quienes se había rodeado? Al fin, se quedó con una lista de seis personas. Más Esther. Sí, Esther, su secretaria. No podía ni siquiera telefonar sin que ella se enterara. «Al menos, somos siete contra cinco —pensó—. Quizá nos falten algunas divisiones y proyectiles, pero tenemos, de nuestro lado, dos siglos y... cuatro días. Cuatro días.»

Nuevos agentes hacían el relevo de la guardia para velar por el Presidente y garantizarle la seguridad a la que todo ser humano tiene derecho. Velaban por el hombre. La posición que ocupaba se protegía a sí misma. Desde hacía dos siglos, nunca había estado en peligro...

EN EL PROXIMO NUMERO:

MARTES

UNA BASE "DEMASIADO" SECRETA

que conocía el Econcom, hubiera resultado embarazoso para mí, pero así la cosa es más grave; tengo miedo —dijo Casey al Presidente.

